

Primeras comuniones

En estas fechas de mayo se celebran las primeras comuniones en casi todas las parroquias. Son miles y miles de niños y niñas, que se acercan por vez primera a recibir a Jesús sacramentado en la Eucaristía. Es toda una fiesta de familia, es también una ocasión de encuentro, es un motivo de alegría que deja huellas imborrables en cada uno de estos niños y niñas para toda su vida.

Recuerdo una vez que me llamaron para atender a una persona en los últimos días de su vida, aquejado por grave enfermedad. Era todo un personaje. Después de muchísimos años vividos en el alejamiento de Dios, sin ninguna práctica sacramental y haciendo pública profesión de agnosticismo, viendo que se acercaba su final, había pedido un sacerdote. Y la familia me llamó a mí. Acudí sin demora y nada más comparecer en su salita de estar me espetó: -Padre, quiero confesar. La vida se me acaba.

Yo le escuché atentamente, hizo una buena y detallada confesión, rezamos a la Virgen – para lo cual se puso de rodillas- y recibió con todo fervor la comunión eucarística. Yo estaba asombrado de la acción de la gracia en el alma de este hombre plenamente lúcido, que por los sacramentos de la Iglesia quedó en paz con Dios y con los hombres, y se preparó estupendamente para la muerte, que llegó a los pocos días. Al terminar mi visita, le comenté mi asombro por su buena actitud ante los sacramentos, y él me respondió: -Todo lo recibí cuando me preparaba a la primera comunión.

Aquel hecho me ha servido de reflexión posteriormente en muchas ocasiones. Cuántas veces nos parece que la tarea de catequesis en nuestras parroquias sirve para muy poco, a la vista de los resultados que constatamos en muchos adolescentes y jóvenes. Cuántas veces cunde el desánimo en los padres católicos y en los catequistas, al ver que lo que han sembrado en el alma de ese niño, apenas produce fruto o incluso queda como borrado del todo. Y no es así.

La experiencia de la primera comunión, que va precedida de la confesión de los propios pecados (aunque sean pecados de niño), si está bien preparada, producirá frutos inesperados en la vida de cada una de estas personas. La infancia es tiempo para sembrar. A veces se percibe el fruto de manera temprana. Otras veces no se percibe nada. Otras incluso, como que ha sido contraproducente todo lo que se ha sembrado. Pero la anécdota que he referido me lleva a concluir que el fruto de nuestra acción pastoral, de la buena educación de unos padres buenos, nunca quedará baldío.

Hemos de continuar en esa tarea preciosa de presentar el misterio cristiano de manera accesible a los niños de primera comunión. La primera comunión tiene que ser el primer encuentro fuerte con Jesús, que nos ama hasta dar la vida por nosotros. Quizá hemos de dejar otros aspectos secundarios, que incluso estorban para esa experiencia. Creo que tenemos que limitar las parafernalias que se montan en torno a estos acontecimientos. Y en la catequesis hemos de ir a lo esencial, al encuentro con Jesús, a facilitar la oración, la comunicación tú a tú del niño con Jesús, a que aprenda a llamar madre a la Virgen santísima. Ese encuentro permanecerá ahí para toda la vida. Habrá ocasión de ampliarlo y profundizarlo más tarde. Pero la primera comunión es una ocasión muy propicia para la iniciación cristiana de los niños que se acercan. Y no olvidemos que también los padres y todos los miembros de la familia quedarán tocados si este momento es celebrado como Dios manda.

Es tiempo de primeras comuniones. Es tiempo de siembra de las mejores experiencias que marcarán toda una vida.

Con mi afecto y bendición:

+ *Demetrio Fernández, obispo de Córdoba*